

## Prólogo

---

*Londres, 1794*

Quieta y silenciosa como un ratón, la niña observaba fijamente desde la entrada del callejón a la joven pareja que paseaba por el sucio barrio del muelle. Eran personas diferentes de las que vivían allí; vestían ropas limpias, y sus voces rebosaban de risa.

Además, estaban comiendo empanadillas de carne. La pequeña aspiró el aroma, anhelante.

El señor alto hizo un amplio gesto con una mano y un buen trozo de empanadilla cayó al suelo; él ni siquiera se dio cuenta.

La niña esperó, con la paciencia forjada por el miedo, que la pareja se alejara hasta una distancia prudente; pero no se atrevió a esperar mucho, porque un perro o una rata podían adelantársele en coger su premio. Cuando lo juzgó prudente, corrió sigilosamente, recogió el trozo de empanadilla y se lo metió en la boca; todavía estaba caliente; era el mejor bocado que había comido en su vida.

En ese momento la señora miró hacia atrás por encima del hombro. La niña se quedó inmóvil, con la esperanza de no ser vista. Había niños malos que arrojaban piedras, y un hombre malo que la había atraído enseñándole una salchicha, y luego la cogió y le pasó por encima sus manos calientes; ella pensó que quería comérsela, pero la soltó enseguida cuando le mordió la lengua. Después la siguió, gritándole palabras feas, hasta que ella logró pasar por debajo de una reja destartalada y se escondió en medio de un montón de basura. Allí se comió la salchicha, y desde entonces estaba vigilante por si aparecía el hombre malo y cualquier otro que tuviera esa mirada rara en los ojos.

La hermosa señora de pelo oscuro arqueó un poco las cejas y dijo sonriendo:

—Tenemos cerca a una pequeña carroñera, Thomas.

Su sonrisa era simpática, pero aun así, la niña comenzó a retroceder hacia el callejón. La señora se acuclilló hasta que sus ojos quedaron al mismo nivel de los de ella.

—No tienes para qué huir, cariño. —Le ofreció el resto de su empanadilla, tentadora—. Hay más para compartir.

La pequeña dudó un momento, recordando al hombre malo que la había atraído con comida. Pero esa era una señora, y la empanadilla tenía un olor exquisito. Saltó un paso y le arrebató de la mano el resto de la empanadilla. Después retrocedió y se la comió, con la mirada fija en sus benefactores.

—Pobre nenita —dijo el hombre llamado Thomas con una voz profunda que resonó en la calle—. Deberían azotar a sus padres por dejarla andar así por las calles.

—La pobre nenita no tiene padres —dijo una voz rasposa desde las sombras—. Lleva unos dos meses viviendo sola en las calles por aquí.

La niña reconoció la voz de la mujer mayor de pelo gris que se pasaba el día sentada en la grada de una sombría puerta observando la calle, con una pipa de arcilla metida entre las encías desdentadas. Una vez le había trocado algo por comida, y no le había tirado piedras; no era peligrosa.

—¿Está abandonada la niña? —preguntó la bonita señora.

—Es huérfana más bien —dijo la mujer, encogiéndose de hombros—. Me han dicho que llegó en un barco, con una mujer que cayó muerta en el muelle tan pronto desembarcaron. Un guardia trató de coger a la cría para enviarla a un orfanato, pero ella se escondió. Desde entonces ha andado merodeando por aquí en busca de desperdicios.

La señora pareció horrorizada.

—Uy, Thomas, no podemos dejarla aquí. No es más que un bebé, no puede tener mucho más de tres años.

—No podemos llevárnosla como si fuera un gatito, María —dijo el caballero, aunque continuó mirando a la niña, pensativo.

—¿Por qué no? Por lo visto nadie la quiere. El buen Señor debe de habernos enviado a esta calle para que la encontráramos. Aun no hemos tenido ningún hijo, y Dios sabe que no es porque no lo intentemos. —La hermosa señora pareció triste un momento, después le ten-

dió lentamente la mano a la niña—. Ven, cariño. No te voy a hacer daño.

La pequeña vaciló; su dura experiencia le había enseñado a recelar. Pero María le recordaba a otra señora de otra vida anterior a esa de hambre, andrajos y calles sucias. Antes de... antes de...

Su mente se desconectó de eso, incapaz de nombrar lo insopportable. Miró esos ojos azules; en ellos vio cariño, y algo más. ¿Una promesa?

Comenzó a acercarse de a poco, mirando de la señora al caballero y nuevamente a la señora. Si él se movía, echaría a correr, porque no siempre los hombres eran buenos, pero él continuaba muy quieto; sus ojos eran igual de azules, igual de amables que los de su esposa.

Cuando estuvo a su alcance, la señora le acarició tiernamente la cabeza.

—Tienes el pelo rubio, ¿verdad? No me había dado cuenta de qué color era, con tanta mugre. Te sienta muy bien con esos ojos castaños. ¿Te gustaría tener una nueva mamá y un nuevo papá, cariño?

Mamá, papá. Esas eran palabras del pasado lejano, dorado. La niña hizo un balance entre la posibilidad de peligro y su desesperada necesidad. De pronto la esperanza superó a su miedo. Corrió los dos últimos pasos y se arrojó en los brazos abiertos de la señora.

María la levantó en el aire en un abrazo. Sus brazos eran acogedores y suaves, como los de la otra señora del pasado. Acogedores, suaves y seguros.

—No te preocupes, cariño —la arrulló—. Puede que Thomas y yo no seamos respetables según ciertos criterios, pero jamás te faltará comida ni amor. —La niña vio maravillada que había lágrimas en los ojos azules de la señora cuando miró a su marido—. No me mires así, farsante irlandés. Tienes el corazón tan blando como el mío.

—No son los corazones los que tenemos blandos sino las cabezas —dijo Thomas con ironía—. Pero tienes razón, no podemos dejarla aquí, y cuanto antes la metamos en una bañera con agua jabonosa, tanto mejor. —Cogió la mano de la niña con su enorme mano—. ¿Cómo te llamas, querida?

Azorada por su atención, la niña metió la cara en el cuello de la señora; olía a limpio y dulce, como las flores después de la lluvia.

—Supongo que tendremos que darle un nombre nosotros —dijo María, acariciándole tiernamente la espalda—. Linda como una rosa, pero muy valiente. Imagínate, sobrevivir semanas en las calles siendo una cosita tan pequeña.

—Entonces, pongámosle Rosalind, como la más intrépida de las heroínas —sugirió Thomas. Le apretó suavemente la mano a la niña—. Este es tu día de suerte, rosita.

—No, Thomas —dijo María, depositando un cariñoso beso en la sien de la pequeña—. Es nuestro día de suerte.

# Capítulo 1

## *Abadía de Ashburton, 1818*

—*M*ortalmente enfermo.

Las palabras del médico quedaron colgando en el aire, espeluznantes y letales como escorpiones. Stephen Edward Kenyon, quinto duque de Ashburton, séptimo marqués de Benfield, y media docena de títulos más, demasiado triviales para mencionarlos, se quedó quieto mientras se ponía la camisa después del examen médico. Repitió mentalmente la frase, como si analizándola fuera a alterar de algún modo su significado.

Mortalmente enfermo. Sabía que algo no iba bien, pero no se había imaginado... eso. El médico podía estar equivocado. Claro que en las últimas semanas el dolor de vientre había pasado de molestia moderada a ataques muy dolorosos. Pero ciertamente eso sólo significaría algún tipo de ulceración, dolorosa pero no mortal. Agradeciendo su habilidad para controlar su expresión, continuó abotonándose la camisa.

—Esa es una afirmación sorprendente en un médico. Creía que usted y sus colegas preferían evitar los pronósticos tétricos.

—Usted siempre ha tenido fama de hombre que valora la sinceridad, excelencia. —El doctor Blackmer se concentró en recolocar en meticuloso orden sus instrumentos en el maletín—. Pensé que no le haría ningún favor ocultándole la verdad. Un hombre de su posición necesita tiempo para... para poner en orden sus asuntos.

Stephen comprendió, con inquietante fuerza, que el médico hablaba muy en serio.

—Seguro que eso no será necesario. Aparte de ocasionales dolores de estómago, me siento muy bien.

—He estado preocupado por su enfermedad desde que le comenzaron los dolores, pero esperaba que estuvieran equivocadas mis primeras sospechas. Pero ya no se puede negar la verdad. —Levantó la vista y lo miró con sus ojos verde grises preocupados—. Sufre de una tumefacción del estómago y el hígado, la misma enfermedad que padecía su guardabosques, el señor Nixon.

Ese fue otro golpe. En cuestión de meses, Nixon, hombre bonachón y aficionado al aire libre, se había convertido en un fantasma atormentado por el dolor; y su muerte había sido muy dolorosa.

No queriendo mirarse en el espejo, se ató la corbata al tacto, mientras hacía distraídamente esos movimientos normales.

—¿No hay ningún tratamiento?

—Me temo que no.

Stephen se puso la chaqueta azul marino y se alisó las arrugas de las mangas.

—¿Qué precisión tiene su cálculo de seis meses?

Blackmer titubeó.

—Es difícil pronosticar el curso de una enfermedad. Yo diría que le quedan no menos de tres meses, pero decir seis meses sería... optimista.

O sea que si el médico tenía razón, para Navidad ya estaría muerto, y probablemente mucho antes.

¿Y si Blackmer estaba equivocado? Ciertamente eso era posible, pero era un médico muy respetado y concienzudo. Niño expósito criado por la parroquia, había sido tan prometedor que el viejo duque lo había enviado a estudiar medicina. A cambio, Blackmer había prestado excelente atención médica a la familia Kenyon. Era muy improbable que diera al hijo de su protector una sentencia de muerte a menos que estuviera absolutamente seguro.

Obligó a su aturdida mente a pensar qué otras preguntas debía hacer.

—¿Debo continuar tomando las pastillas que me dio en su última visita, o no ya no tiene sentido?

—Siga tomándolas. De hecho, he preparado más. —Metió la mano en su maletín y sacó un frasco con corcho—. Contienen principalmente opio, para adormecer el dolor, y algunas hierbas para purificar la sangre. Tome por lo menos una al día. Más si siente molestias.

Igual que los hábitos, los modales eran muletas convenientes. Cuando cogió el frasco, Stephen dijo educadamente:

—Gracias, doctor Blackmer. Valoro su sinceridad.

—No todos mis colegas lo aprobarían, pero creo que cuando el fin es inevitable, un hombre debe tener tiempo para prepararse. —Cerró su maletín con un golpe, se quedó callado un momento, con expresión preocupada, y luego añadió—: ¿Tiene alguna otra pregunta por hacerme, excelencia?

Después de una sentencia de muerte, ninguna pregunta importaba.

—No. Le deseo un buen día, doctor. —Estiró la mano para tirar del cordón.

—Puedo salir solo. —Con su mirada intensa e inescrutable, Blackmer cogió su maletín y se dirigió a la puerta—. Volveré dentro de dos semanas.

—¿Para qué? —preguntó Stephen, sin poder evitar un tono cortante—. Ya ha reconocido que no puede hacer nada, de modo que no veo ningún motivo para sufrir más exploraciones.

—Vendré de todos modos —contestó el médico, con el rostro rígido—. Continúe tomando su medicina y hágame llamar si siente la necesidad.

Dicho eso, con los hombros caídos, el hombre alto salió de la sala de estar particular del duque.

Stephen se quedó inmóvil en medio de la sala, tratando de asimilar la realidad de las palabras del médico. Muerte en cuestión de meses. Le parecía imposible; sólo tenía treinta y seis años, por el amor de Dios; no era joven tal vez, pero tampoco viejo, y estaba en excelente forma. Aparte del asma que sufrió de niño, siempre había gozado de robusta buena salud.

Un zarcillo de rabia comenzó a enroscarse por su aturdimiento, sacándolo de su parálisis. Sabía perfectamente bien que la edad no tenía nada que ver; su esposa Louisa aún no tenía treinta años cuando murió de una fiebre. Su muerte fue una impresionante sorpresa, pero por lo menos fue misericordiosamente rápida.

Su mirada se posó en el espejo con marco dorado que colgaba encima de la repisa del hogar. Su reflejo no difería en nada de la imagen que había visto hacía una hora: una figura alta y delgada, pelo castaño, la cara Kenyon de huesos fuertes que tan buen juego hacía con la arrogancia. Pero una hora atrás él era un duque en la plenitud de su vida, un hombre que acababa de quitarse el luto por la muerte de su esposa y empezaba a pensar en nuevos comienzos.

Y en ese momento era un cadáver ambulante.

Nuevamente se le encendió la ira, tan intensa como cuando a los

quince años su padre le anunció que le habían arreglado un matrimonio conveniente. Lady Louisa Hayward era sólo una niña, pero bonita y de modales exquisitos. El viejo duque le dijo que crecería para ser una esposa y una duquesa perfecta.

Furioso él protestó que no debían tomar una decisión tan importante para su futuro sin su conocimiento; su breve rebelión se marchitó rápidamente ante la ira y desprecio de su padre. Cuando salió del estudio, ya había aceptado su deber.

Mirando en retrospectiva, tuvo que reconocer que el viejo no se había equivocado. En realidad Louisa fue una duquesa perfecta, si no una esposa perfecta.

Cruzó la puerta que conectaba sus aposentos con la suite de la duquesa. Hacía un año que no ponía los pies ahí, desde su muerte. Y antes, no con frecuencia, dicha sea la verdad.

El dormitorio y el vestidor estaban immaculados y sin la menor señal de ocupación; no quedaba nada que recordara a Louisa, a excepción de las muestras de su exquisita pericia en la labor de aguja. Fundas de almohada maravillosamente bordadas, salva asientos demasiado preciosos para sentarse encima. Siempre que recordaba a su esposa, la veía con la cabeza inclinada sobre un bastidor de bordado. Había pasado casi ingrávida por la vida, guiada por el dictamen de que el nombre de una dama sólo aparece tres veces en los periódicos: cuando nace, cuando se casa y cuando se muere.

Cerró la puerta y volvió a su sala de estar. Frente a él colgaba un óleo de Louisa, pintado por sir Anthony Seaton, el mejor retratista de Inglaterra. Seaton había realizado un buen trabajo, al captar su belleza de porcelana y el sutil destello de tristeza que se atisbaba en su enigmática mirada.

Por milésima vez se preguntó si detrás de la fachada sin mácula de su esposa habría habido emociones fuertes, pasión, rabia, odio, cualquier cosa. Pero si habían existido sentimientos profundos, él nunca los encontró; en todos sus años de matrimonio jamás habían intercambiado una palabra dura: la rabia precisa emoción.

Era cierto que ella lamentaba no tener hijos, pero su pesar se debía más a que eso lo consideraba haber faltado a su deber. A diferencia de él, ella no lamentaba la falta de hijos por ellos mismos. Pero nunca había flaqueado en el cumplimiento de su deber, instándolo a visitar su cama con regularidad, aunque en sus relaciones sexuales nunca hubo alegría.

¿Lo estaría esperando cuando él muriera? ¿O eso estaría reserva-

do a las parejas que se habían amado mutuamente? En el mejor de los casos, ellos habían sido amigos; en el peor, desconocidos que a veces compartían una cama.

Se acercó a la ventana a contemplar los vastos campos ondulantes de Ashburton. La laguna brillaba como un espejo plateado. No recordaba que alguna vez le hubieran dicho que la abadía sería suya algún día; ese conocimiento había formado parte de él siempre. Las mayores satisfacciones de su vida se las había proporcionado esa tierra.

Si Blackmer estaba en lo cierto, muy pronto su hermano menor Michael sería el dueño de la propiedad. Hacía tiempo que él había aceptado la idea de que su hermano, o el hijo de su hermano, sería el próximo duque, pero siempre se había imaginado que eso ocurriría muchos años después, en el futuro; pasadas varias décadas tal vez.

Michael sería un duque justo y capaz, porque también conocía bien sus deberes, pero sentía aversión por la abadía; siempre la había odiado. Dado todo lo que sufrió allí, como chivo expiatorio de la familia, él lo comprendía, pero eso ciertamente significaba que Michael preferiría continuar viviendo en su muy amada propiedad galesa. La abadía estaría silenciosa y vacía, a la espera de que alguna generación futura disfrutara de la antigua casa de piedra, del magnífico salón principal y del apacible jardín del claustro.

Nuevamente su rabia se convirtió en ira pura. Toda su vida había cumplido con su deber, esforzándose por estar a la altura de sus responsabilidades, por ser digno de su posición. En Harrow y Cambridge había destacado en los deportes y los estudios; conscientemente había moderado la arrogancia que su padre consideraba apropiada para un Kenyon, porque pensaba que un verdadero caballero no tiene ninguna necesidad de arrogancia ni jactancia. Había tratado a su esposa con consideración y respeto, no reprochándole jamás por lo que ella era incapaz de dar.

Siempre había jugado según las reglas, ¿y para qué? ¿Para qué?

Violentamente pasó el brazo por encima de una hermosa mesilla lateral, arrojando al suelo los adornos de porcelana y las flores frescas. Había vivido la vida tal como se la habían ordenado, y esta no había sido vida en absoluto. Y cuando por fin se encontraba en posición de hacer algo para poder mejorar y enriquecer su existencia, descubría que se le había acabado el tiempo. No era justo; maldita sea, no era justo.

Acabadas ya las largas guerras, había hecho planes para viajar, visitar Viena, Florencia y Grecia; había deseado hacer cosas frívolas

simplemente por el placer que encontraría en ellas. Había deseado comprobar si era capaz de sentir pasión, y tal vez volverse a casar, tomar otra esposa que fuera una compañera y no solamente una duquesa perfecta.

Se alejó de la ventana medio sofocado por la ira. Aunque no tenía la menor intención de hablar de su enfermedad, esa noticia no permanecería en secreto mucho tiempo. Muy pronto vería curiosidad en los ojos de las personas cuando lo miraran detenidamente, calculando cuánto tiempo le quedaría de vida. Peor aún, vería lástima. Sus vecinos susurrarían entre ellos cuando él entrara en una habitación. Su ayuda de cámara, Hubble, andaría por ahí con lágrimas en los ojos, empeorando así una situación ya mala.

Por primera vez en su vida, deseó escapar de Ashburton y de todo lo que representaba. Comenzó a pasearse por la sala. Aunque estaba rodeado de mucas personas, no había ninguna en la cual pudiera descargar su alma. En Ashburton él era «el duque», siempre sereno y objetivo. Pero en ese momento sentía un angustioso deseo de estar en algún lugar donde fuera un desconocido, mientras se adaptaba al aplastante diagnóstico de Blackmer. Deseaba ser anónimo y libre, aunque sólo fuera por unas pocas semanas.

Bueno, ¿y por qué no? Se detuvo a pensarlo. Nada le impedía marcharse. Podía ir adonde le diera la gana y a la velocidad que quisiera. Podría detenerse en las ferias de los pueblos y admirar a las mozas bonitas, alojarse en posadas que sus criados considerarían indignas de él. Además, agosto era una buena época para cabalgar por Inglaterra. Ese podría ser su último verano.

Con un nudo en el estómago, entró en su dormitorio, abrió un cajón y sacó un par de mudas de ropa interior. Puesto que iría a caballo, debía viajar con poca carga. ¿Cómo se las arreglaría con el lavado de la ropa la gente común y corriente? Sería interesante descubrirlo.

Se abrió la puerta y entró su ayuda de cámara.

—Oí que algo se rompía, excelencia. —Hubble paró en seco, con los ojos desorbitados ante el desorden—. ¿Excelencia?

Stephen, que estaba agachado sobre el rimero de cosas que se iban acumulando en la cama, se enderezó. Puesto que estaba Hubble ahí, bien podía ponerlo a trabajar; así podría partir más pronto.

—Salgo de vacaciones —le dijo, con ironía secreta—. Prepara mis alforjas.

Hubble miró la ropa, dudoso.

—Sí, señor. ¿Adónde vamos?

—No «vamos» a ninguna parte. —Stephen añadió al montón un tomo con sus obras de Shakespeare favoritas—. Voy solo.

Hubble estaba perplejo. Era un hombre competente y afable, pero jamás había logrado entender la vena traviesa de Stephen.

—¿Pero quién se va a ocupar de su ropa, señor?

—Supongo que tendré que hacerlo yo. —Stephen abrió un cajón de su escritorio y sacó un puñado de monedas, dinero suficiente para varias semanas—. Será muy educativo.

Hubble hizo un gesto de horror, al imaginarse lo desarreglado que iría su amo. Previendo la inevitable protesta, Stephen le dijo ásperamente:

—Nada de razones ni comentarios. Límitate a prepararme las alforjas.

Hubble tragó saliva.

—Muy bien, señor. ¿Qué tipo de ropa va a necesitar?

Stephen se encogió de hombros.

—Sencilla, no voy a asistir a ningún baile elegante.

Sacó su caja dorada de tarjetas del cajón y volvió a dejarlas donde estaban. Puesto que no viajaría como el duque de Ashburton, no necesitaba tarjetas de visita.

Después se sentó ante el escritorio a escribir breves notas para su secretario y su administrador, diciéndoles que continuaran haciendo todo como de costumbre. Consideró la idea de escribirles a su hermano y a su hermana, pero decidió no hacerlo. Ya habría tiempo suficiente después.

Mientras el duque escribía, Hubble ordenó las cosas en las alforjas. Cuando terminó, preguntó en voz baja:

—¿Adónde hemos de enviarle los mensajes urgentes, excelencia?

Stephen puso el sello a la última nota.

—A ninguna parte. No quiero recibir ningún mensaje.

—Pero, señor... —Cerró la boca ante la penetrante mirada que le dirigió Stephen. Se contentó con decir—: ¿Cuánto tiempo va a estar fuera, excelencia?

—No tengo idea —contestó Stephen—. Volveré cuando esté dispuesto, ni un solo momento antes.

—Señor, ¡no se puede marchar así! —exclamó Hubble, que ya empezaba a estar frenético.

—Soy el muy noble duque de Ashburton —contestó Stephen, con un deje de amargura en la voz—. Puedo hacer lo que me dé la maldita gana. —Excepto vivir, pensó.

Cogió bajo los brazos las abultadas alforjas y entonces recordó que debía incluir algo más. Había espacio suficiente para el frasco de pastillas de Blackmer.

Después giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. No sabía cuánto tiempo le quedaba de vida, pero tenía la intención de disfrutar de cada minuto de él.